MUNDO DE LIBROS

Lo prohibido (tomo 2 de 2)

BENITO PÉREZ GALDÓS

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Lo prohibido (tomo 2 de 2)

Benito Pérez Galdós

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* Se ha respetado la ortografía del original impreso. No se han puesto tildes a las mayúsculas, salvo para deshacer ambigüedades.

* Se convierten determinados entrecomillados en rayas de diálogo y se espacian las restantes rayas según las convenciones tipográficas más recientes.

* Las páginas en blanco han sido eliminadas.

LO PROHIBIDO

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.
Serán furtivos los ejemplares
que no lleven el sello del
autor.

B. PÉREZ GALDÓS NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

LO PROHIBIDO

Tomo segundo.

13.000

[Ilustración]

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4

LO PROHIBIDO

XVI

De cómo al fin nos peleamos de verdad.

I

Una tarde del mes de Mayo fuí á ver á Eloísa con firme propósito de hablarle enérgicamente. No la encontré. Estaba en no sé qué iglesia, pues por aquel tiempo se le desarrolló la manía filantrópico-religioso-teatral, y se consagraba con mucha alma, en compañía de otras damas, á reunir fondos para las víctimas de la inundación. Lo mismo manipulaba funciones de ópera y zarzuela que lucidas festividades católicas, en las cuales las mesas de tapete rojo, sustentando la bandejona llena de monedas, hacían el principal papel. También inventaba rifas ó _tómbolas_ que producían mucho dinero.

Se me figuró que había transmigrado á ella el ánima propagandista del desventurado Carrillo. Casi todos los días había en su casa junta de señoras para distribuir dinero y disponer nuevos arbitrios con que aliviar la suerte de las pobres víctimas. Por eso aquel día no la pude ver: de tarde porque estaba en el petitorio, de noche porque había junta, y francamente, no tenía yo maldita gana de asistir á un femenino congreso ni de oir á las oradoras. La junta terminaba á las doce, y de esta hora en adelante bien podía ver á Eloísa; pero no me gustaba pasar allí la noche, y me iba con más gusto á la soledad de mi casa.

Al día siguiente creí no encontrarla tampoco; pero sí la encontré. Hízose la enojada por mis ausencias; púsome cara de mimos, de resentimiento y celos. ¡Desdichada! ¡Venirme á mí con tales músicas!... «Tengo que hablarte,» le dije de buenas á primeras, encerrándome con ella en su gabinete, lleno de preciosidades, que valían una fortuna. Allí estaba escrito, con caracteres de porcelana y seda, el funesto caso de la disminución de mi capital.

Comprendió ella que yo estaba serio y que le llevaba aquel día las firmezas de carácter que rara vez le mostraba. Preparóse al ataque con sentimientos favorables á mi persona, los cuales, según afirmó, rayaban en veneración, en idolatría. Cuando me tocó hablar, le presenté la cuestión descarnada y en seco. La reforma de vida que me prometiera no se había realizado sino en pequeña parte. Las ventas de cuadros y objetos de lujo continuaban en proyecto. No se quería convencer de que el estado de su casa era muy precario, y que no podía vivir en aquel pie de grandeza y lujo. Entre ella y su marido habían derrochado la fortuna que les dejó Angelita Caballero. Si no se variaba de sistema pronto, no quedarían más que los escombros, y el

inocente niño, destinado más adelante á poseer el título de marqués de Cícero, no tendría que comer. Si ella se obstinaba en hundirse, hundiérase sola y no tratara de arrastrarme en su catástrofe. Yo, por sus locuras, había perdido una parte de mi fortuna. No perdería, no, lo que me restaba. No me cegaba la pasión hasta ese punto.

Sentándose junto á la ventana, díjome con tono displicente:

--Te pones cargante cuando tratas cuestiones de dinero. Haz el favor de no hacer el inglés conmigo. Me enfadan los ingleses... de cualquier clase que sean.

Y luego, echándolo á broma:

--Déjame en paz, hombre prosáico, prendero. Todo lo que hay aquí te pertenece. Trae mercachifles, vende, malbarata, realiza, hártate de dinero. Cogeré á mi hijito por un brazo y me iré á vivir á una casa de huéspedes...

--Con bromas no resolveremos nada. Si no quieres seguir el plan que te trace, dilo con nobleza, y yo sabré lo que debo hacer.

--Si lo que debes hacer es no quererme --respondió, sin abandonar las bromas--, _humilla la cerviz_... Te hablaré con franqueza. Dos cosas me gustan: tu _individuo_ y mucho _parné_; tu señor _individuo_ y mi casa tal como la tengo ahora. Si me dan á escoger, no tengo más remedio que quedarme contigo. Dispón tú.

--Pues dispongo que busquemos en la medianía el arreglo de todas las cuestiones, la de amor y las de intereses.

Dió un salto hacia donde yo estaba, y cayendo sobre mí con impulso fogoso, me estrujó la cara con la suya, me hizo mil monerías, y luego,

sujetándome por los hombros, miróme de hito en hito, sus ojos en mis ojos, increpándome así:

--¿Te casas conmigo, mala persona? ¿De esto no se habla? De esto, que es el _caballo de batalla_, ¿no se dice nada? Para tí no hay más que dinero, y el estado, la representación social, no significan nada.

No sé qué medias palabras dije. Como yo no jugaba limpio; como lo que yo quería era romper con ella, no me esforzaba mucho por traerla á la razón.

--¡Ah! --exclamó seriamente, leyendo en mí--, tú no me quieres como antes. Te asusta el casarte conmigo, lo he conocido. El _santo yugo_ te da miedo. No quieres tener por mujer á la que ya faltó á su primer marido y ha adquirido hábitos de lujo. Dudas de mí, dudas de poderme sujetar. La fiera está ya muy crecida, y no se presta á que la enjaulen. Dímelo, dímelo con sinceridad, ó te saco los ojos, pillo.

Su mano derecha estaba delante de mis ojos, amenazándolos como una garra. La obligué á sentarse á mi lado.

--Yo leo en tí --prosiguió--; me meto en tu interior, y veo lo que en él pasa. Tú dices: «Esta mujer no puede ser ya la esposa de un hombre honrado; esta mujer no puede hacerme un hogar, una familia, que es lo que yo quiero. Esta _tía_... porque así me llamarás, lo sé, caballero; esta _tía_ no se somete, es demasiado autónoma...» Dime si no es ésta la pura verdad. Háblame con tanta franqueza como yo te hablo.

La verdad que ella descubría, desbordándose en mí, salió caudalosa á mis labios. No la pude contener, y le dije:

--Lo que has hablado es el Evangelio, mujer.

--¿Ves, ves cómo acerté?

Daba palmadas como si estuviéramos tratando de un asunto baladí. Yo me esforzaba en traerla á la seriedad, sin poderlo conseguir. Iba ella adquiriendo la costumbre de emplear á troche y moche expresiones de gusto dudoso, empleándolas también groseras cuando hablaba con personas de toda confianza.

--¿Quieres que nos arreglemos? Pues _escucha_ y _tiembla_. Dame palabra de casamiento y no seas sinvergüenza... Me parece que ya es hora. Prométeme que habrá _coyunda_ en cuanto pase el luto, y yo empezaré mi reforma de vida, me haré cursi de golpe y porrazo. Si ya lo estoy deseando... Si no quiero otra cosa... Tú editor responsable; yo señora que ha venido á menos: toma y daca, negocio concluído. ¿Te conviene? ¿Aceptas?

--¿Qué he de aceptar tus disparates? Lo primero es que te pongas en disposición de ser mi mujer. Tal como eres, no te tomo, no te tomaría aunque me trajeras un potosí en cada dedo.

Abalanzóse á mí como una leona humorística. Su rodilla me oprimió la región del hígado, lastimándome, y sus brazos me acogotaron después de sacudirme con violencia. Con burlesco furor exclamaba:

--¿Pues no dice este mequetrefe que no me toma? ¿Soy acaso algún vomitivo? ¿Soy la ipecacuana? ¡Qué has de hacer sino tomarme, _tomador_!... Y sin regatear, ¿entiendes? Y sin hacer muequecitas. Aquí donde usted me ve, señor honrado, soy capaz de llegar á donde usted no llegaría con sus miramientos ridículos de última hora. Soy capaz de rayar en el heroísmo, de ponerme el hábito del Carmen con su cordón y todo, de vivir en un sotabanco y de coser para fuera.

Mientras dijo esto y otras cosas, abarcaba yo con mi pensamiento, á saltos, el largo período de mis relaciones con ella, y notaba la enorme distancia recorrida desde que la conocí hasta aquel momento. ¡Cuán variada en dos años y medio! ¿Dónde habían ido á parar aquellas hermosuras morales que ví en ella? O era una hipócrita, ó yo era un necio, un entusiasta sin juicio, de éstos que no ven más que la superficie de las cosas. Asimismo pensaba que aquella transformación de su carácter era obra mía, pues yo fuí el descarrilador de su vida. Sus tratos irregulares conmigo escuela fueron en que aprendió á hacer aquellas comedias de liviandad, de enredos, de palabras artificiosas y de sentimientos alambicados. ¿Por qué la admiré tanto en otro tiempo y después no? La inconsecuencia no estaba en ella, sino en mí, en ambos quizás, y si hubiéramos sido personajes de teatro, en vez de ser personas vivas, se nos habría tachado de falsos sin tener en cuenta la complejidad de los caracteres humanos. Yo la oía, la miraba, diciendo para mí: «¿Eres tú la que me pareció un ángel? ¡Qué cosas vemos los hombres cuando nos atonta y alumbra el amor! ¡Y qué verdad tan grande dice Fúcar cuando afirma que el mundo es un valle de equivocaciones!»

Viendo que yo callaba, repitió, exagerándolo, lo del hábito del Carmen, el sotabanco y otras tonterías.

--Como no es eso lo que te pido --observé al fin--; como eso es un disparate, no hay que pensar en ello. Es un recurso estratégico tuyo. Te pido lo razonable y te escapas por lo absurdo. Si yo no quiero que seas cursi, sino que vivas con modestia, como vivo yo.

--¡Ah! --exclamó sosegada--, si no fuera este pícaro luto, pronto se resolvería la cuestión. La semana que entra nos casábamos, y el

mismo día empezaba la reforma... Pero tú quieres invertir el orden, y yo, te lo diré clarito, temo que me engañes; temo que después de hacerme pasar por el sonrojo de una almoneda y de un cambio de posición, me des un lindo quiebro y me dejes plantada. Porque sí: detrás de ese entrecejo está escondida una traición, la estoy viendo... ¡Ah! no me la das á mí... yo veo mucho. Y si sale verdad lo que sospecho, ¿qué me hago yo? ¿Qué es de mí, con cuatro trastos, un pañuelito de batista, y sin otro porvenir que el de convertirme en patrona de huéspedes?

No pude menos de reirme, y ella, viéndome risueño, se puso á cantar la tonadilla de la _Mascotte_, con aquello de _yo tus pavos cuidaré_. Pasó la música, y sin saber cómo, nos hallamos frente á frente hablando con completa seriedad. Repitió entonces lo de «matrimonio es lo primero,» y yo dije: «no, lo primero es lo otro.» Puesta su mano amistosamente en la mía, y mirándome con aquella dulzura que me había esclavizado por tanto tiempo, hablóme con el tono sincero y un poco doliente que había sido la música más cara á mi alma.

--Chiquillo, si quieres sacar partido de mí, trátame con maña; quiéreme y dómame. Pero lo que es domarme sin quererme, no lo verás tú. Estoy muy encariñada ya con mi manera de vivir, muy hecha á ella para que en un día, en una hora puedas tú volverme del revés, poniéndome delante un papelito con números. ¡Ah, los números! ¡Maldito sea quien los inventó!... Qué quieres, soy mujer enviciada ya en el lujo... No pongas esa cara de juez, después de haber sido mi Mefistófeles. Los placeres de la sociedad me son tan necesarios como el respirar. Un poco que yo tengo en mí desde que nací, y otro poco que me han enseñado... los amigos, tú, tú, tú; no vengas ahora haciéndote el _apóstol_... Sí: eres como los que todo lo

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com